

## El Muro Norte de Marboré

POR AGUSTIN FAUS

Aquel día no madrugamos en nuestro minúsculo refugio junto al lago de Marboré. «Villa Latas», la pequeña cabaña que nos habíamos arreglado con latas, tablas y otros restos del derruido Casetón de la Ibérica, nos parecía un palacio y queríamos disfrutar de todo un día de descanso junto a su puerta. ¡Bastante llevábamos hecho ya, en aquel rincón pirenaico, indiscutiblemente el más grandioso de todos! El Glaciar del Perdido, el Couloir Swan, los Astazús, la Cresta de Pineta... Así, pues, en vez de levantarnos, como todos los días, a las tres, lo hicimos a las ocho y media y nos tumbamos perezosamente en los pocos resquicios de hierba, absorbiendo el gran espectáculo de la gran cara norte del Monte Perdido, siempre igual y siempre distinto, pero siempre imponente, sobrecogedor. El tiempo era espléndido y llenaba el alma el disfrute de aquella tranquilidad, del cielo azul, del sol calentito... Realmente era un ambiente que no conocíamos, porque todos los días anteriores a aquella hora ya estábamos danzando con los crampones en los pies o los dedos agarrados a la roca.

Acabamos de desayunar. Sita se puso a remendar algún anorac roto, tarea que siempre recae sobre ella, y Jacinto Rúa se puso a martillear cualquier tabla de nuestra casa. Mientras, Manolo Mirón y yo nos dedicamos a la contemplación... ¡Y súbitamente nos dimos cuenta de que nuestras miradas estaban viendo lo mismo!

—¿Has visto qué enorme, qué ancha es la pared que cae del Marboré?

—A la derecha del Cilindro, ¿verdad? Es lo que estoy mirando. ¿Se podrá subir?

—No creo que exista vía conocida. Por lo menos la guía no habla de ella en absoluto. Pero yo creo que enlazando los neveros...

—¡Claro está! ¡Estamos en junio y hay mucha nieve! En pleno verano debe ser imposible de subir porque se desmoronará todo. ¡Esta es la ocasión!

Y aquí acabó ya el descanso prometido. Rúa tuvo que dejar a medio clavar la tabla y Sita protestó porque no pudo terminar bien el remiendo del anorac, pero diez minutos más tarde nos íbamos los cuatro hacia el Muro de Marboré a ver «lo que pasaba allí».

Es una pared ancha y rojiza que, sin nieve da poca confianza. El Marboré, en su extremo derecha tiene varias vías, fáciles o difíciles: unas arrancan del collado de Astazú y otras provienen del profundo agujero de Gavarnie, mas nosotros.

## PYRENAICA

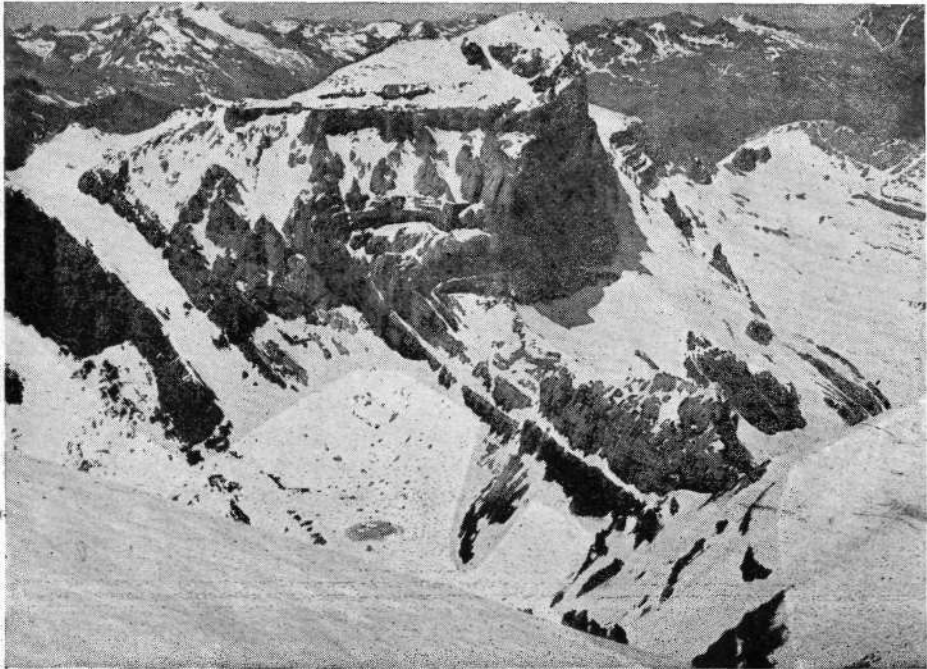
quisimos recorrer todo el muro, dividido por unas fajas muy anchas de nieve y por unos grandes neveros triangulares, debajo de cada uno de los cuales existía forzosamente una grande o exigua repisa horizontal.

Nos calzamos los crampones y nos encordamos, como siempre en dos cordadas, bajo la mole del Cilindro. Fuimos adelantando diagonalmente hacia la derecha, buscando el primer rellano. En los primeros tramos podíamos avanzar a la par porque la nieve no era ni muy dura ni muy empinada, pero poco a poco fue ganando verticalidad y dureza hasta obligarnos a tallar cada escalón y asegurar cada movimiento de la cordada.

Las escaladas de hielo, fáciles o complicadas, suelen ser siempre monótonas. No tienen la diversidad de las de roca y por tanto la reseña de ellas forzosamente debe resultar más árida, menos rica en detalles y anécdotas. Esta era también así. Una ininterrumpida sucesión de huellas talladas en la pendiente blanca y dura, donde no llegaba el sol. Siguiendo siempre la línea diagonal derecha las cordadas nos relevábamos, como es lógico, en la tarea de tallar y, como también es lógico, sufrimos un ligero despiste que nos llevó al pie de un enorme volado de roca fría, húmeda y repulsiva, en la pared del Cilindro. Esto nos proporcionó una ligera discusión, pues Rúa y Manolo Mirón se empeñaban en seguir por aquel camino imposible, sitio adecuado para que se estrellen las cordadas. Sita y yo descendimos algo, buscamos un desvío y logramos convencerlos al fin, prosiguiendo así por camino mejor y más franco. Mas los pasos eran muy aéreos y exigían

*Cilindro de Marboré.*

*(Foto Francisco Buj)*



cantidad de precauciones: los neveros formaban en su abombamiento unas aristas muy enhiestas y retorcidas que tapaban el camino a seguir.

La primera plataforma fue muy bien recibida y por su suelo de piedras sueltas sobre un subsuelo húmedo movedizo anduvimos horizontalmente una cincuenta de metros, tropezando con los crampones aquí y allá. Después tomamos un «couloir» que subía directamente y que nos hizo ganar mucha altura en poco rato, altura que comprobábamos complacidos comparándonos con la cumbre de los cercanos Astazús. Aquí el sol ya nos daba de lleno y la nieve, más reblandecida, nos ofrecía menos resistencia pero también prometía menos seguridad. Era ocasión de avanzar hundiendo el piolet hasta la cruz y de procurar que no se fomaran zuecos de nieve en los crampones. Nos veíamos colgados en medio de una enorme pared, muy ancha, pero muy alta también y se adivinaba un gran salto hasta los neveros del fondo, los que bajan formando callejones desde el collado de Astazú hasta el lago de Marboré. A la finalización del «couloir» tuvimos que ascender por terreno rocoso completamente descompuesto —estado en que debe estar la totalidad de este muro en pleno verano— hasta alcanzar otro gran nevero triangular sentado sobre una nueva repisa, en la cual corrían unos hilillos de agua, ya teñida de rojo por el polvillo de la roca descompuesta. Varios largos de cuerda nos condujeron al vértice superior de este nevero, situado bajo una gruta, ya muy cerca de la cornisa final. Allí había que sufrir la ducha de un espeso goteo de agua, insistente y no muy agradable. La superación de la cornisa se presentaba difícil, pero desde la gruta, hundiendo el piolet en la rimaya formada por la parte superior del nevero, se podía asegurar perfectamente.

Esta vez me hice asegurar por Manolo Mirón que, con sus noventa kilos de peso, me ofrecía más seguridad que Sita, que solamente cuenta cincuenta... Mas tampoco hubo ocasión de apreciar la eficacia de la aseguración, y tras tallar unas muescas y efectuar un leve esfuerzo, pude clavar el piolet en la parte superior de la cornisa e izarme seguidamente en el «plateau». Mis compañeros, impacientes por librarse de la ducha que estaban aguantando, me secundaron con rapidez y luego ya sólo nos faltó proseguir por la fangosa superficie que seguía al «plateau», hasta alcanzar las piedras superiores y culminar la cumbre del Marboré. Eran las 2 de la tarde.

Ignorando si nuestra vía era inédita, dejamos nota de ella en el registro de la cumbre, pidiendo, en francés y en castellano, que si alguien sabía que estaba ya hecha, lo comunicara a nosotros o a la F.E.M. Han pasado casi tres años y no hemos tenido noticia alguna, por lo que me atrevo a indicar que fue una primera ascensión. Es una escalada que, en buenas condiciones como las que hallamos nosotros, no tiene grandes dificultades mas sí cierto peligro. Estimo que la mejor época para hacerla debe ser en mayo o junio; más tarde, desprovisto el Muro de Marboré de los grandes neveros enlazables, debe representar una gran complicación subir por pendiente tan descompuesta.

Dormitamos un poquito en uno de los hermosos balcones que hay debajo de la cumbre. Conviene no olvidar de bajar a estos balcones cuando se visita el Marboré; dominan todo el valle de Gavarnie, ofreciendo el incomparable panorama del profundo hoyo verde, dos mil metros más abajo, lustroso, lleno de una vida sorda que se intuye en los núcleos de construcciones y en las cintas de carrete-

ras y caminos. Más allá se ve el Vignemale ampuloso, tentador, con su gran glaciar de Ossue velado siempre por algo de la calina que flota sobre la civilización de Gavarnie.

Después, para completar la jornada, proseguimos hacia los Picos de la Cascada y desde ellos buscamos entre el caos de piedras un camino directo que nos llevara al Cilindro. Poca dificultad nos presentó una arista blanca y enhiesta que, si no me equivoco, debe ser la seguida por Russell en su primera ascensión a esta hermosa cumbre. Allí arriba, las luces cálidas de la tarde nos mostraron un Pirineo pacífico, tranquilo, lleno de relieves, de verdes brillantes y de ocre luminosos. Hasta las nieves parecían menos blancas y menos duras, suavizadas por los tonos azules de las cumbres más lejanas, del pequeño mar poco encrespado del Prepirineo francés. Allí estábamos los cuatro, sentados sobre nuestras cuerdas, callados, quietos, arrobados por el silencio, contentos de haber trocado el día de descanso prometido por aquel hermoso recorrido en el macizo calcáreo...

Un rato más tarde bajábamos lentamente y sin hablar por la vía normal y desde el Collado del Cilindro nos deslizamos por la vertiente blanca deteniéndonos sólo en el paso delicado entre rocas que ya conocíamos bien, pues era la tercera vez que lo pasábamos en cuatro días...

A las siete y media nos sentábamos de nuevo sobre la hierba raquítica que crece junto a «Villa Latas». Yo encendí el infiernillo y Sita volvió a la costura y Rúa siguió claveteando la tabla de por la mañana. ¿Haríamos descanso al día siguiente? Ya lo dudábamos. Es muy difícil hacer este propósito cuando se está en el corazón del Pirineo y el tiempo y el ánimo son óptimos.